



COMUNICACIONES

LO ESENCIAL NO SE VE A LOS OJOS...

A muchos de nosotros nos ilusiona la idea de salir de nuestra tierra, de conocer otros pueblos, otra gente y otras culturas. De hecho hoy gozamos de la facilidad de recibir información en el menor lapso de tiempo posible, de recorrer enormes distancias, de pisar suelos cargados del peso histórico de la humanidad y de poder en 10 horas estar a 11.000 km. de casa. Todo eso crea tensiones y expectativas, ilusiones y aperturas. Muchos jóvenes del mundo emprenden el camino por sendas nuevas sin llegar a pensar en lo que es el choque de cultura y de valores con el nuevo medio.

Una vez en el sitio de destino tenemos la sensación de no pisar tierra firme, las coordenadas son distintas, los lugares, los valores, y también la mentalidad es muy diferente. Esto lo empiezas a notar en el encuentro, codo a codo con lo cotidiano.

Hay varios elementos que se descubren en el contacto con la nueva realidad; por un lado la valoración y la toma de conciencia que hacemos de lo nuestro, de lo que constituye nuestro pueblo de origen, nuestro país, nuestra tierra, sus valores, luchas y esperanzas. Sólo cuando tomamos distancia somos capaces de mirar objetivamente las cosas teniendo el valor de criticarlas, de objetivizarlas y algo más teniendo libertad para saber valorarla en su justo punto. Por otro lado, el contacto con los otros me da la posibilidad de ver las diferencias y semejanzas, los logros y los desaciertos, las luchas y los intentos fallidos, los pros y contras del desarrollo de la sociedad y del mundo. Es como salir del agua y al sacar la cabeza darse cuenta que en la superficie hay otro panorama; que no todo debe ser como allí lo vivimos y que la vida puede ser distinta, y quizás mejor, que aquí con menos recursos tienen para todos mientras que allí con muchos recursos sólo viven unos cuantos. Pero ese choque también me da la certeza o al menos la verificación de ver conseguidos muchos ideales y utopías.

El mundo fantástico que crean situaciones y lugares de viaje como son los aeropuertos, el avión y la altura, el sonido, la velocidad, etc... Se acaba cuando al pisar tierra extraña te ves rodeado de anuncios publicitarios de neón que desbordan tu ca-



pacidad de percepción, rodeado de gente que va y viene, que corre, que lucha con su equipaje, que grita, se aleja o espera ansiosamente a alguien para que le solucione sus problemas y trámites legales de emigración o inmigración.

Me sorprendió tremendamente, al llegar a Barajas, como en un recinto cerrado tenía a varios hermanos nuestros africanos. ¿Qué habrán hecho? es mi primera pregunta; luego resulta que se encuentran en condiciones similares de origen, pero con un espacio físico de mayores dimensiones.

Un silencio policial invade estos recintos y nadie sabe qué pasa o qué pasará... En un tiempo y con una mirada expectante alcanzo a leer en el rostro de muchos extranjeros el primer desencanto de la jornada realizada. Nos encontramos en una especie de presión que a veces nos hace sentir como los delincuentes más grandes que hayan pisado los pasillos del nombrado aeropuerto.

Pero la cosa no termina ahí, sino que empieza. El tren de la vida que, por cierto, en España y Europa es de un acelere que nos deja «patidifusos», alucinados dirían aquí, sigue su curso y el ilusionado e incansable conquistador de espacios nuevos se ve arrollado por el ir y venir de la gente y de todo objeto que se mueve y que entra a competir en espacio y tiempo con la agilidad del hombre. La vida sigue, no se detiene pero yo puedo observar con más detenimiento la vida que pasa a mi alrededor. Recuerdo que la primera vez que vine a estudiar a Madrid tuve que quitarme el reloj muchas veces y salir a la calle para preguntar la hora y así poder escuchar a la gente, y sentir como se dirigían a mí. Fue una de las realidades que me hizo aprender aquella tan sabida y trillada idea de que el hombre es un ser social por naturaleza. Yo lo aprendí pero lo confirmé existencialmente. Necesitaba de los demás para poder ser yo.

Esta y otras anécdotas similares me ratifican que el hombre aprende desde la vida, aunque en occidente estemos convencidos que aprendemos de los libros. Incluso yo me vine a estudiar ¿a aprender? En la facultad se aprenden cosas pero en la vida diaria, entre la gente aprendemos a vivir, asimilar y entender lo que los libros nos informan. Con esto no quiero desvalorizar el aspecto intelectual de la sociedad sino ponerlo en su justo lugar, o al menos intento lograr la síntesis entre experiencia y conocimiento; lucha que subyace desde siempre en el devenir histórico e intelectual de la humanidad.

Es aquí cuando yo empiezo a sentir que soy extranjero. Lo distinto del color de la piel, la estatura, el pelo, o el acento al hablar. Pero yo intento ir más lejos, quiero ver qué hay más allá de esos rostros tristes o alegres, interesados o inexpresivos con los que mis ojos se encuentran a cada momento. Siento que la vida se vive de otra manera. Lo distinto choca y nos molesta en un primer momento, nos invade, nos interpela o simplemente no nos dice nada. Es aquí, justamente donde se ponen en juego los valores o coordenadas de la cultura de un pueblo; aquí observo yo con que criterios los pobladores de un país acogen o no los de fuera y es justo aquí donde aparecen las desconfianzas, la frialdad o lo que es peor la indiferencia y la deshumanización a cada bando que participa del ilusionado encuentro intercultural.

Aquí aprendemos a valorar lo nuestro. Esas actitudes nos han comido el corazón de nuestros pueblos. Aquellas aún se admiran y aunque con curiosidad se abren a lo



nuevo. Te acogen incondicionalmente, te ofrecen lo que tienen, no es mucho pero te lo ofrecen todo. Te muestran la vida tal como es, una simple sonrisa, un apretón de manos. Para nosotros el contacto físico es determinante, casi podría decir que cartesianamente; así como el hombre es cuando piensa, nosotros somos cuando nos miran o cuando nos tocan. Una inesperada palabra, una simple pregunta o una mirada que te de la bienvenida sirve para romper el hielo.

Otra cosa es tratar de lo que comúnmente se habla. Aquí al alternar con alguien te dicen: «yo pienso...», entonces voy descubriendo que es una pequeña expresión cargada de una gran muralla que hace que la vida sea impermeable; se habla a nivel de idea y no a nivel de vida. De ahí que las grandes tertulias de bar, que por cierto son muy comunes y yo las disfruto con gusto, sea un inacabable abanico de ideas y debates que no permite que la vida entre en juego. Hay un cierto temor a hablar de la propia vida, de lo que se vive, de lo que se siente... Nuestro pueblo al hablar dice: «yo siento...» y eso lo recuerdo en el fondo de mi ser.

Aquí abundan las ideas y las palabras pero la vida es fría, allí hay pobreza de ideas y frases pero las pocas que se dicen con fuerza vital; hay que descubrir en cada una de ellas la esencia de la vida de la cual están impregnadas.

Recuerdo un corto poema de Pedro Casaldaliga, un catalán afincado en Brasil que reza:

*«Cambia el reloj por este sol del pueblo,
y siéntate a escuchar, tiempo sin tiempo»*

En la actualidad que hemos tenido que adoptar muchos de nosotros para saborear la vida de los sencillos de nuestro pueblo y en la actitud que intento tener en medio de este nuevo pueblo donde vivo, a decir verdad, a veces me siento llevado por el ímpetu de la prisa, del no ver y es entonces cuando en un acto de fe en los valores que permiten vivir dignamente me digo «¿Por qué corro? ¿A dónde voy? y sólo así vuelvo a mi ritmo normal de caminante contemplativo en medio de un mundo que corre sin saber adonde va.

Por las fechas que rodean el ambiente navideño rico en ofertas de felicidad, paz, alegría, regalos, tener más, etc. tuve la sensación de ser violado en mis sentidos. La publicidad llega a tal extremo que te meten los productos por los oídos, los ojos, casi hasta por la piel. Hay tal bombardeo de anuncios comerciales que últimamente me he detenido a pensar en nuestros hermanos de la Europa del Este que buscan en occidente valores de libertad y progreso. ¿Qué encontrarán?...

Hace algunos años que intento ser coherente con una opción que he hecho de solidaridad con los pobres y empobrecidos del mundo, de mi tierra, y de verdad que sentía que mis convicciones de no tener más de lo que realmente necesito se veían amenazadas por la oferta de tener más para ser más. De nuevo la falacia de la felicidad nos acecha y es cuando como Cristo entiendo las actitudes y palabras de Jesús: «Estad atentos, velad y orad».

Creo que vivir en un mundo como el actualmente nos aparece en occidente sólo es posible con una actitud de observar a fondo, de no dejar pasar la vida, lo minúsculo de ella, lo sencillo, para poder leer lo que ella contiene. Ir al encuentro de los



grandes místicos hindúes en las atiborradas esquinas de las calles de Calcuta no es fácil pero hay que intentarlo y lo podemos hacer ya que una gran mayoría de nosotros no tenemos los problemas primarios que acosan a los pueblos del tercer Mundo y que quizás sería lógico pensar que por ello no podrían desarrollar esa dimensión.

Como ven la ilusión de descubrir un mundo nuevo se vuelve una lucha diaria y constante para no perder la propia identidad y personalidad cultural y social aprendidas de la vida y ratificadas en los libros.

**Ernesto Vera,
Estudiante Colombiano,
residente en Barcelona**